



México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756



XIV. La experiencia judía en México

2018/2, año 7, n° 14, 156 pp.

Editores: **Jacobo Sefamí / Matthias Lehmann**

DOI: 10.23692/iMex.14

Figuraciones y fulguraciones mexicanas en textos de Esther Seligson

(pp. 100-109; DOI: 10.23692/iMex.14.8)

Leonardo Senkman

Abstract: Figures and images of Colonia Condesa in *Todo aquí es polvo* (2010), posthumous book of memories by Esther Seligson, as well as in other fiction texts where she recovers moments of her urban family life during childhood and adolescence, but without the intention of writing ethnic neighborhood literature, nor to compose a city-text of Mexico City. In the second part, the Seligsonian strategy of revealing a deep and open Mexico in a syncretic semantic field where narrative and lexical voices of the Nahuatl legacy, Talmudic Judaism and Kabbalist, as well as the sacred culture of Tibet and Hinduism, are analyzed.

Keywords: Esther Seligson, memories, *Todo aquí es polvo*, Colonia Condesa, cultural syncretism



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

www.imex-revista.com

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

Figuraciones y fulguraciones mexicanas en textos de Esther Seligson

Leonardo Senkman

(Universidad Hebrea de Jerusalén, H Truman Research Institute)

Jugábamos en dos bandos: árabes y judíos. Acababa de establecerse Israel y había guerra contra la Liga Árabe. Los niños que de verdad eran árabes y judíos sólo se hablaban para insultarse y pelear. Soy de la Irgún. Te mato. Soy de la Legión Árabe [...] Comenzaban las batallas en el desierto. Le decíamos así porque era un patio de tierra colorada, polvo de tezontle o ladrillo, sin árboles ni plantas, sólo una caja de cemento al fondo [...] Bernardo Mondragón, nuestro profesor, les decía: Ustedes nacieron aquí. Son tan mexicanos como sus compañeros. No hereden el odio. Después de cuanto acaba de pasar (las infinitas matanzas, los campos de exterminio, la bomba atómica, los millones y millones de muertos), el mundo de mañana, el mundo en el que ustedes serán hombres, debe ser un sitio de paz, un lugar sin crímenes y sin infamias. En las filas de atrás sonaba una risita. Mondragón nos observaba tristísimo, se preguntaba qué iba a ser de nosotros con los años, cuántos males y cuántas catástrofes aún estarían por delante. Hasta entonces el imperio Otomano perdura como la luz de una estrella muerta. Para mí, niño de la Colonia Roma, árabes y judíos eran "turcos". Los "turcos" no me resultaban extraños como Jim, que nació en San Francisco y hablaba sin acento los dos idiomas; o Toru, crecido en un campo de concentración para japoneses [...] (Pacheco 1981).

Elijo el texto ya clásico, 'Las batallas en el desierto', de José Emilio Pacheco (1980), aparecido en el suplemento cultural de *Unomásuno*,¹ para contrastar las profundas diferencias en la representación del barrio de la Colonia Roma de su infancia respecto de algunas figuraciones del barrio de la Colonia Condesa donde Esther Seligson vivió en los mismos años su infancia y adolescencia.

Obviamente no me propongo comparar el registro memorioso del conflicto judeo árabe en textos de Pacheco y de Seligson.² En cambio, son significativos los totalmente distintos modos en que ambos escritores evocan los años de infancia y su locus familiar. El niño narrador en *Las batallas en el desierto* guardará intacta la memoria de su niñez en Avenida Álvaro Obregón, desde aquel instante de 1948 en que se enamoró de Mariana, En cambio, para Seligson, "el tiempo sin tiempo de la infancia, ese estado de gracia cuya duración transcurre en el puro presente, sin pasado ni futuro", (Seligson 2005a: 87) como escribirá a propósito del libro *Andamos huyendo Lola*, de Elena Garro (1980), pocos meses después de que Pacheco publicara *Las batallas en el desierto* en el mismo suplemento de *Unomásuno*.³ Si

¹ El texto se publicó en 1981 como capítulo dos 'Los desastres de la guerra' en Pacheco (1981).

² Esther Seligson escribió lúcidas reflexiones y ensayos sobre la primera guerra de Israel en Líbano (1982) y del conflicto con los palestinos, reunidos todos en su libro póstumo, *Escritos a mano* (véase Seligson 2011: 157-198).

³ Véase Seligson (2005a: 90-93).

la función de la escritura, según la autora de *Los recuerdos del porvenir*, era olvidar la perdida memoria y volver a la memoria para rescatar, precisamente, los recuerdos del porvenir, Seligson se propuso transitar ese mismo surco escritural abierto por Garro, pero retornando al comienzo del tiempo desde un ineludible presente.

Seligson escribió en España su primera novela *Otros son los sueños* (1973), donde narra el deseo de la protagonista de irse de su casa, abandonar la ciudad natal en pos de una travesía de libertad. Muchos años antes de descubrir su "morada en el tiempo" fuera de México (Senkman 2013), la voz narrativa en *Otros son los sueños* no buscaba mirarse en un espejo que le devolviera su imagen urbana cotidiana, sino soñarse en una imagen total y única donde pudiera decir sin miedo "no soy nadie y soy todos, no estoy en ninguna parte, pero vengo de los más lejanos lugares" (Seligson 1973: 66).

Esa pertinaz búsqueda de un tiempo verdadero supuso para Seligson desechar aquel otro tiempo de la duración transcurrida durante la infancia y adolescencia en el hogar paterno en la Ciudad de México. A diferencia de la Colonia Roma de Pacheco, no sorprende que estén ausentes en ficciones de Seligson representaciones de sitios de su infancia, en la Colonia Condesa, llamada "Di Kolonie" por la generación de sus padres inmigrantes.⁴ En cambio, la espiral de metamorfosis de aquel "niño que fui y la niña que quise ser, y la niña que fui y el niño que quise ser" (Seligson 2004), sí está muy presente en ficciones de su libro *Jardín de Infancia*, completamente refractarios a poetizar calles de México en una ciudad-texto.⁵

Sin embargo, reconocemos el barrio de su infancia cuando los niños se divierten en "un juego de escondidas, persecuciones y reencuentros" (Seligson 2004: 199); pero no se deja narrar la poética del paisaje urbano, mucho menos el espacio nacional mexicano; como si desde sus primeros textos, Seligson hubiera estado desinteresada de expresar ese deseo de autoctonía, tan común a muchos intelectuales colegas suyos que escribieron sobre la comarca en donde se aquerenciaron desde la niñez. Seligson recién deja testimonio de la colonia al culminar su obra literaria, cuando acabó de escribir el libro de memorias *Todo aquí es polvo* (2010), poco antes de su muerte. Pero a diferencia de la memoria barrial de Pacheco, Seligson no se propuso describir los edificios Condesa, los cines antiguos y los amplios espacios verdes. Mucho menos se ocupó de la mudanza de los inmigrantes judíos del centro de la Ciudad, a Condesa-Hipódromo, ni tampoco de la construcción de nuevos núcleos de vida judía en la *Kolonie*: la sinagoga y el centro comunitario en Acapulco 70, el colegio Yavne en la calle de Agrarismo donde ella estudió, o el Kadima en la calle Ámsterdam. Tampoco se recuerdan carnicerías, tiendas de abarrotes y panaderías de aquel ambiente 'todo *kasher*', con

⁴ Véase Esteva Salazar (2011).

⁵ Véase Dolle (2011: 127s.).

"murallas mentales de gueto", según Enrique Krauze.⁶ Tal registro del pasado judío urbano mexicano fue realizado antes por Silvia Seligson, la hermana de Esther, en una tesis de antropología social.⁷ Las memorias de la escritora tampoco reparan en la mezcla de los estilos vanguardistas, en especial el art deco y el art nouveau en la colonia Condesa, cuyas formas geométricas y amor por lo grandioso se aprecian en construcciones emblemáticas como el edificio Chapultepec, frente al Bosque de Chapultepec.

Sin embargo, el Parque México es un referente en varios textos, mas no como espacio de cohesión social de la comunidad judía en su primera época donde solían realizar actividades los niños en el grupo de scouts, las señoras platicaban durante las mañanas, y los señores conversaban el sábado después del rezo en la sinagoga.⁸

El Parque México es escenario de algunos textos memorables en que Seligson recuerda al padre y a otros afortunados "sentados en las bancas, murmurando al oído entre ellos", que arribaron antes del Holocausto. En 'Errantes' se evoca a "mujeres todavía con idénticos peinados y joyas, y a los hombres con antiguos sombreros, gafas, y bastón que rememoran y rememoran en su lengua maternal cual si no hubiese transcurrido el tiempo" (Seligson 2004). Su padre no participaba en esos corrillos de sociabilidad y su hija lo describe como un trasterrado taciturno y acosado:

Solo camina y camina y le da una y otra vuelta al Parque sin detenerse apenas cuando lo saludan, sin responder más de dos o tres frases en lengua que ya olvidé, tan salpicada de ironías adoloridas y juegos de palabras cuyas infinitas connotaciones les hacen entrecerrar los ojos a esos ancianos (Seligson 2004: 162).

Su padre, Szlome Zeligson, llegó a México en febrero de 1930, vía Le Havre, Saint Nazaire, Santander y Cuba, desde la frontera oriental de Bielorrusia; y Carlos, el hermano mayor, desembarcó a los pocos meses, mientras que Max, el menor, vino con 17 años en abril de 1932; sólo uno de los hermanos paternos desembarcó en Oklahoma donde emigraron además otros parientes paternos y maternos. Ellos fueron los únicos familiares que sobrevivieron a la Shoah.⁹ Los hermanos relojeros y joyeros que ayudaron al padre a instalarse en un local de joyería en el Zócalo "hablaban ídish entre sí"; fue en ese ámbito mercantil del Centro que

⁶ Enrique Krauze aclara que la colonia Hipódromo-Condesa "[n]o era un gueto propiamente, pero lo vivíamos como tal. Nuestras murallas eran mentales. Era como si el lenguaje oficial de aquella colonia fuera el yidish, y la religión única la judía [...] La Hipódromo era la ciudad, y el parque el bosque" (Krauze 2001: 150).

⁷ Véase Silvia Seligson (1983).

⁸ Además del sábado, durante los domingos los inmigrantes judíos "emulaban a sus nuevos connacionales paseando en Chapultepec, Xochimilco, los parques España y México; cada familia retrataba a sus pequeños vestidos con trajes de charro o de china poblana. Se cantaba la música del país de origen, y a la vez comenzó el apego al mariachi, a los boleros y a la música tropical, además de incorporar gastronomía nativa como la tortilla, el chile o el mole" (Goldsmid Brindis 2010: 117s.).

⁹ Véase Seligson (2010a: 41).

Salomón "se armó una identidad nueva accesible y simpática que le otorgaron con el apodo de El Polaco" (Seligson 2010a: 39).

Al cabo de muchos años, la hija se imagina al padre inmigrante taciturno, a quien le impactó el abigarrado mundo del Centro de feño y sus sucesivas transformaciones. Ella escribe de ese

ser quebrantado por sabe Dios qué tribulaciones que ya viejo se le consolaban escuchando discos de música judía o con aquellos con las canciones cuando llegó al Distrito Federal, a un México de comerciantes que bebían pulque, tepache y cerveza *Moravia* (de preadolescentes nos llevaba con sus amigos al SEP a beber cerveza oscura de barril), jugaban a los naipes, apostaban en el Frontón México al *Jai Alai* y en los palenques, amaban la cacería, los toros, las excursiones, los viajes a provincias y frecuentaban las casa de putas; un México abierto a los extranjeros, rico en hospitalidad y con no tantos resentimientos sociales. Pedro Vargas, Mario Lanza, María Luisa Landín, las Hermanas Águila, Toña la Negra, Elvira Ríos, Lupita Palomera con *Vereda Tropical*, eran sus favoritos (Seligson 2010a: 48).

Pero a pesar de que Salomón Seligson era apreciado como un polaco que gustaba de la música mexicana, su hija narra en 'Errantes' "los ramalazos de angustia en el pecho" que le causaba la misma canción triste que entonaba siempre el padre mientras se rasuraba (Seligson 2004: 162). Sin embargo, y sin afán de vernaculizarlo durante los primeros diez años de mexicanización antes de su casamiento, la hija observa la fisonomía del padre en un álbum de fotos con el sombrero Arturo de Córdoba, traje sastre con chalequillo, corbata, zapatos de charol negro y blanco, paseando con amigos en un Ford descapotable; simultáneamente, la sobrina trae a la memoria el modo en que su tío Max se mexicanizaba, ese relojero y joyero tentado siempre por la pasión de jugar con el azar, "ya fuera en la lotería, el pocker, las carreras de caballos o los negocios" (Seligson 2010a: 47).

A diferencia de otros inmigrantes que ascendieron a clase media, la hija recuerda que a su padre nunca le gustó conducir carro, y continúa viéndolo "cada mañana cuando tomaba religiosamente su camión Mariscal Sucre desde la casa de Cuautla 22, en la Condesa, hasta el Zócalo, y así retornaba por las noches " (Seligson 2010a: 59) Ambiente popular mexicano que sin dudas influyó en "el polaco" a encariñarse con las gentes sencillas del Zócalo donde la convivencia alcanzaba a veces ribetes "epifánicos":

Cuando el fatídico Uruchurtu aun ni se vislumbraba con su urbanismo devastador, acudir al Centro durante las fiestas de fin de año era otro de esos acontecimientos epifánicos: las calles atestadas de luces, los comercios, el Zócalo con sus bancas, prados, y tranvías, se llenaban de adornos, esferas, piñatas, escarcha multicolor, y a mi hermana y a mí se nos otorgaba el privilegio de escoger aquellos adornos que engalanarían las vitrinas de la joyería y el arbolito de Navidad que, contra la oposición de mi abuela, ponía en casa mi madre. Sabor a buñuelos, a pambazos y sopas, olor a heno y pino frescos, húmedos, las pilas de juguetes nosotras los recibíamos de los Santos Reyes, los villancicos, el airecillo frío de diciembre, una suerte de fraternidad entre los transeúntes, ningún gesto parecía

inútil, huero, un espectáculo de configuraciones rítmicas, cuyo gozo parecía provenir de todas partes y de ninguna en particular [...] (Seligson 2010a: 59).

El México de la madre fue otro espacio completamente distinto al del padre, un centro urbano socializador del buen gusto, el consumo cultural y artístico:

Ella venía de un mundo construido en las promiscuas calles del Centro defecho donde deambulaba con sus amigas y donde había crecido desde los casi siete años que llegaron desde Moscú. El castellano era su lengua –el ídish se hablaba en su casa y lo entendía perfecto, pero no lo leía ni lo escribía y jamás la escuché hablarlo, la escuela pública su ambiente natural, el cine su pasión, y la lectura indiscriminada de poesía y novela le ocupaban la espera de un Príncipe Azul, sin duda poco acorde con la realidad de esas señoritas de la Comunidad Asquenazi que ya desde la preparatoria asistían al Club en Tacuba 15 en busca de un buen partido– "Tu mamá era muy alegre. Era la más bonita y la que mejor bailaba. Y ¡cómo le gustaba la ópera!, me comentó conmovida una amiga suya [...]! (Seligson 2010a: 62).

Su padre le envidiaba la capacidad de disfrutar la vida, la música, las amistades, de la menor ocasión para salirse de la rutina y desabridéz cotidiana: La hija escritora también fantaseaba muchos años después de que falleció su mamá, volver a reencontrarla como si fuesen dos muchachas jóvenes de la misma edad, para platicarle de sus sueños de mujer romántica y juntas poder ver nuevamente aquellas películas que siempre amó con Gary Cooper y Humphrey Bogart. Leemos en 'Retornos':

Por la calle de Tacuba, llena de puestos fritangueros y antojitos acomodáramos en unos banquitos poco estables, comeríamos sopes y beberíamos una *chaparrita*, mientras repasamos las escenas donde Fred Astaire y Ginger Rogers se miran antes de bailar a dúo (Seligson 2004: 193).

La hija recuerda el relato materno de los domingos: "nos íbamos *en bola* a la feria de Chapultepec con los muchachos, a remar, a la feria, a ver el paseo de las ricas en sus coches de caballos, toda una excursión; de los apenas completados dos años en la escuela preparatoria, mi madre me platicaba que guardaba sus 'mejores recuerdos'" (Seligson 2010a: 51).

Ir de feria a Chapultepec los domingos continuará siendo para los padres de Esther un rito familiar muchos años después de casados, al igual que para otras numerosas familias amigas con niños. La hija esboza un nostálgico recorrido de la madre por la colonia Condesa:

Ella se arreglaba a recorrer el arbolado camellón de Mazatlán hasta casa de los primos hijos del tío Max, regresar juntos a la esquina de Vicente Suárez donde ya esperaban las otras familias amigas con sus respectivos niños para irnos "en bola" a la feria de Chapultepec. Fue nuestro ritual de infancia hasta más o menos los diez u once años (Seligson 2010a: 55).

Sin embargo, ese hábito se interrumpió al aparecer el "Deportivo Israelita" en la vida social y deportiva del padre; Salomón fue campeón de tenis de veteranos, pasión que para la hija del

frecuentador del club social y deportivo de la comunidad, marcó dos épocas bien definidas en su vida, "mi padre antes del tenis y después del tenis" (Seligson 2010a: 55).

Hijo octavo de una familia religiosa, su padre no quiso volver a saber de su pasado de judío observante, ni de su cultura y tradición religiosa, aunque la hija recuerda que

más o menos guardaba las apariencias frente a su suegro, moscovita conservador, gracias al cual mi hermana y yo entramos a estudiar a la escuela judía Yavne y mantuvimos la identidad que Salomón sólo parecía recuperar durante las dos noches de Pesaj celebradas ortodoxamente en casa del suegro (Seligson 2010a: 54).

Sin embargo, uno de sus recuerdos de temprana adolescencia en el hogar era "escuchar juntos por las noches los programas de Cri Cri a través de la radio, la 'Hora Idish' los domingos seguida de la 'Hora Española' y sus zarzuelas, el cante jondo" (Seligson 2010a: 60).

Muy significativa es la necesidad de la hija de puntualizar que en la vejez la popularidad del padre a ojos de vecinos y de quienes lo cuidaban después de un accidente, ya no "estribaba en ser 'el polaco', sino justamente en ser don Salomón 'el señor judío', y de modo semejante "distinguían a sus pacientitos: 'el herr teutón', la 'viejita rusa', el 'míster inglés', 'la gachupina' con un muy mal sentimiento de resentimiento social" (Seligson 2010a: 65).

Pero cuando la hija oía la voz de su padre cantando comprendía que sonaba distinta a la de aquellos otros ancianos. Muchos años después sigue escuchándolo cantar, e intenta "atrapar las entonaciones que surcaron mi infancia", para comprender "el por qué persiste, inmovible y tenaz en mi cuerpo, la memoria, memoria sin imágenes, de ese dolor solidario y viejo que aprendí cuando oía cantar a mi padre y que él aprendió de su abuelo y éste de su bisabuelo [...]" (Seligson 2004: 162s.).

Cosmogonías y fulguraciones narrativas

Ahora bien, si el trazo urbano de la Ciudad de México se rehúsa a la representación literaria, las figuraciones del México más profundo se leen en relatos cosmogónicos de Esther Seligson. Sus voces mitológicas provienen de la tradición bíblica y la cabalística en diálogo fecundo con la tradición náhua, griega e hindú.¹⁰

La escritora siente ser parte de esta confluencia de civilizaciones en la cual la dimensión mexicana de su obra, aun atenta a personajes y al pasado prehispano, se abre permanente al diálogo y fulguraciones del acervo cultural del legado espiritual de Oriente y Occidente. El sujeto lírico de estos textos se energiza en mitologías religiosas variadas; la narradora

¹⁰ Véanse algunos ensayos de Esther Seligson publicados en diferentes revistas y periódicos, antes de ser recopilados en *A Campo traviesa* (2005a: 384-410), a saber: 'Hueso de mis huesos y carne de mi carne' (*Diálogos* 120, nov.-dic., 1984); 'El oro en la tradición judía' (*Diagonales*, I, México, 1985); 'Antiguo Testamento, nueva visión' (Catálogo INBA, dic.1985-marzo 1986); 'El fin del milenio y la consumación de los tiempos' (*Nexos* 120, dic.1987); además, véase su prólogo, 'Forjar la luz' en Saúl Kaminer (2005: 5-19).

describe así su imagen de la serpiente y de la energía impersonal que subyace en todo lo existente:

Ella (se) pregunta: ¿No son acaso las insignias de Huehuetéotl, Dios Viejo; la serpiente de fuego Xiuhcōatl y el pájaro de fuego Xiuh-tótl? ¿Y la energía ígnea Kundalini que, según los hindúes, anida en la región coxígea del cuerpo humano, no por ventura es la Serpiente enroscada en el bíblico Árbol del Edén? Ese árbol donde Eva "cuelga" su inocencia, el mismo Vellochino que habrá de perder a Medea, el Madero que servirá de sarcófago a Osiris, de Cruz a Odin, a Jesús y de horca a Yocasta, a Judas (Seligson 2005a: 132).

Anhelo de unión del alma individual con el alma cósmica, los relatos cosmogónicos de Seligson habitan en espacios sagrados muy diferentes al de las ciudades donde no tienen cabida "modelos de interpretación del mundo que postulan la unidad fundamental de la materia, que es energía, luz" (Seligson 2005a: 133). En vez de morar en la ciudad, el espacio urbano mexicano es abandonado por los personajes de Seligson, acuciantes peregrinos en pos de ámbitos sagrados donde algo logra sea 'real' en la medida que se conecta con su fundamento 'originario', pero en un horizonte espacial que trasciende la mera celebración ritual, de fieles creyentes conectados con una experiencia "teo-fánica" (Bentué 2003: 236s.).

En cambio, los peregrinos de Seligson son seres que se exilian de la ciudad, de su casa paterna y del país natal, lanzándose a la búsqueda de los mitos del "centro" (*axis mundi*) o del "ombligo" (*omphalos*). Un ejemplo narrativo notable de confluencias de tradiciones culturales diferentes que metaforiza esa búsqueda del exiliado tornado exiliado es el relato 'Eurídice'.

La Isla Maravillosa, se dice que dicen los que supieron de estos hechos, sólo se posa bajo aquellos que nada tienen o esperan. Ni siquiera es necesario desear su venida: llega. Y es su fragancia a verde jengibre lo que la delata. Cruzas un Puente y otro Puente. De un lado el cementerio. Del otro, la ciudad. Pero el vuelo de las campanas envuelve a las dos orillas por igual. Es necesario que pierdas tu propio umbral. Para que encuentres los linderos de la ciudad. Para que ella se abra a ti es menester olvidar el plano que con tal minucia consultas, poner de lado los mapas y dejarse llevar, nodular con las costanillas, resbalar por las aceras, adentrarse en el olor de algún guiso, rebotar todas las pelotas de los niños y perseguir la carrera de los gatos [...]. Despréndete. Deja tu país, tu lugar de origen, tu casa paterna. Los suburbios donde creyeron arraigar tus antepasados, guetos, aljamas. La ciudad preferida, la que tiene su río afuera, la Villa del Oso y del Mandrón, la de los cielos puros y azulidad incomparable [...] Peregrino, cayado en mano y concha en el sombrero, ¿no recuerdas acaso cuántas sendas has transitado ya? ¿Por qué hoy te detienes así, tan absorto en el reflejo de esas aguas eternamente pasajeras? La ciudad de tu nacimiento fue lugar de canales y de sangres. Y también ahí hubiste de abandonar los fardeles, y tu nombre, para empuñar otro rostro. El rostro del hereje, las carnes chamuscadas. ¡Ay de las ciudades que ardieron en la cruz! (Seligson 1988: 82s.).

El sujeto lírico en relatos de *Isomorfismos* (Seligson 1991) no sólo concilia tradiciones mitológicas y religiosas heterogéneas, sino que logra construir un campo semántico sincrético mediante la mestización de voces narrativas y lexicales del legado náhuatl, el judaísmo talmúdico y el cabalista, además de la cultura sagrada del Tibet y el hinduismo. Pero lejos

están esos textos de la retórica del mestizaje mexicano¹¹; tampoco del pluralismo intercultural y multiconfesional del Nuevo Milenio.¹²

En realidad, ellos modulan la larga travesía de reconciliación del sujeto lírico consigo mismo fuera de su país natal. Y si el regreso recorre sus desplazamientos, esos textos no aluden al regreso a la patria mexicana después de un prolongado exilio. El extenso poema *Alba Marina* (Seligson 2005b), invocación a las diosas madres frente al mar de Bengala, se abre con epígrafes de Rabí Nahman de Breslov, continúa con Sri Aurobindo, Ashtavakra Gita, Moshe Cordovero, BaalShem Tov, Exodo (20: 24), y finaliza la segunda parte con el *Kadish for a Child Not Born*, de Imré Kertész.

Oración de retorno (Tikum) escrito en Jerusalem (Seligson 2006), no es la vuelta al hogar ni tampoco fin del exilio. Poema de reconciliación, la peregrina solicita la bendición de Magna Mater "para lo que aun me queda por andar"(Seligson 2010b: 81). Esta invocación de purificación reparadora a fin de "perder en el origen la desconocida errancia" (Seligson 2010b: 73) se prolonga en otras travesías evocadas en el poemario *A los pies de un Buda sonriente* (Seligson 2007).

Ahora bien: el esplendor de purificación de lo Divino que actúa a través de los espacios (sagrados) en los textos de Seligson no se restringen a una sola ciudad santa. El México profundo que surge en la poética seligsoniana se prodiga de espaldas al DF de su ciudad natal, pero logra reencontrarla en otras ciudades santas como Jerusalem. Es el intento logrado del texto 'De ciudades santas y tierras prometidas: Jerusalem y Tenochtitlán'¹³.

México-Tenochtitlán es la ciudad donde nací, cuna de mi infancia y adolescencia que se me alejó un día como se aleja un amor que sabemos, sin embargo, no se perdió. Más tarde la reencontré en el rostro de otras ciudades santas, Toledo, Praga, Jerusalem, Lhasa, y al adentrarme como lo hice en Jerusalem con el hebreo, en el corazón de su lengua antigua, de su cábala: el náhuatl. Y fue ahí donde vinieron a cobrar cuerpo y entretenerse las imágenes y semejanzas entre las historias de mi lugar de nacimiento y las de mi pueblo ancestral, y cuya confluencia se centra en el papel preponderante que jugó el Templo dentro de la vida religiosa, política, y social de ambos pueblos, el mexicana y el israelita (Seligson 2005a: 414s.)

Pero existe otra dimensión además de la religiosa que hermana México y ciudades sagradas como Jerusalem: ser ambas tierras prometidas que para Seligson no es territorial sino mora en la escritura y la palabra, "lugar donde todos los exilios culminan, donde el corazón se sacrifica vacío de sangre para que la Voz Divina se manifieste, pues la escritura es la única Tierra Prometida que le espera al escritor, y el Libro la única ciudad santa que le da cobijo" (Seligson 2005a: 416).

¹¹ Véanse Rizo (2003: 130-132); Tenorio Trillo (2006).

¹² Véanse Sartori (2002); López / Moya / Hamel (2009); Lehman en Roniger (2017).

¹³ Véase Seligson (2005a)

Coda

Las figuraciones de México en la obra de Esther Seligson invitan a ser leídas ajenas completamente a las representaciones literarias del barrio en el Distrito Federal, o de intentos discursivos de poetizar sus calles y espacios públicos donde habitan heterogéneas y también diferenciadas comunidades de origen inmigratorio como la judía. Sus entrañables girones memoriosos sobre la Colonia Condesa son refractarios tanto a una cartografía urbana como asimismo a un relato étnico de barrio judío. El acto generador de las figuraciones de México DF surge en la escritura e imaginario del destiempo de la infancia y adolescencia de Seligson, completamente fuera de cualquier radio urbano, pero fulgurando en un permanente presente, y que prescinde del trabajo biográfico de las horas y de los días.

A la escritora no le interesó escribir textos urbanos sobre México como una ciudad –texto en cuyo pentagrama otros escritores pudieron haber metaforizado 'literariamente' su heterogénea y mestiza población de metrópolis. En cambio, leemos un insospechado México profundo y abierto mientras Seligson va construyendo en un campo semántico sincrético su diapasón a través del cual escuchamos fulgurar voces narrativas y lexicales del legado náhuatl, el judaísmo talmúdico y el cabalista, además de la cultura sagrada del Tibet y el hinduismo.

Bibliografía

- DOLLE, Verena (2011): 'Fantasías urbanas: México D.F. por Rafael Ramírez Heredia (*La jaula de Dios*), Guillermo Fadanelli (*La otra cara de Rock Hudson*) y Roberto Bolaño ('Jim')'. En: *iMex. México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico*, 1, 1, 127-141. <http://www.imex-revista.com/wp-content/uploads/Dolle.pdf> [03.11.2017].
- GARRO, Elena (1980): *Andamos huyendo Lola*. México: Joaquín Mortiz.
- BENTUE, Antonio (2003): 'Concepción del Espacio Sagrado en algunas religiones no cristianas'. En: *Teología y Vida*, 44, 235-249.
- GOLDSMIT BRINDIS, Shulamit (2010): 'Judeo-mexicanos: gestación de una identidad'. En: *Historia y Grafía*, 35, 93-125.
- ESTEVA SALAZAR, Juan Andrés (2011): 'Di Koloni. Un barrio judío en el México Moderno'. En: *diariojudio.com*, 21 de julio. <http://diariojudio.com/opinion/di-kolonie-un-barrio-judio-en-el-mexico-moderno/13679/> [24.05.2018].
- KRAUZE, Enrique (2001): 'Chagall en la Hipódromo'. En: Jeannette Porras Padilla: *Condesa-Hipódromo*. México: Editorial Clío, 150.
- RONIGER, Luis (2017): 'David Lehmann on the Politics of Identity and the Crisis of Multiculturalism in Latin America: An Interview'. En: *Middle Atlantic Review of Latin American Studies*, 1, 2, 18-27. DOI: 10.23870/marlasv1i2lr.
- LÓPEZ, Luis Enrique / Ruth Moya / Rainer Enrique Hamel (2009): 'Pueblos indígenas y educación superior en América Latina y El Caribe'. En: Luis Enrique López (ed.):

Interculturalidad educación y ciudadanía: Perspectivas latinoamericanas. La Paz: Plural editores, 221-290.

PACHECO, José Emilio (1981): *Las batallas en el desierto*. México: Editorial Era.

PORRAS PADILLA, Jeannette (2001): *Colonia Condesa Hipódromo*. México: Editorial Clío.

RIZO, Elisa (2003): 'Juan Rulfo y la representación literaria del mestizaje'. En: *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, 28, 125-148.

SARTORI, Giovanni (2002): *Pluralismo, multiculturalismo e estranei: Saggio sulla società multiétnica*. Milano: Biblioteca Universale Rizzoli.

SELIGSON, Esther (2011): *Escritos a mano*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.

SELIGSON, Esther (2010a): *Todo aquí es polvo*. México: Brughera.

SELIGSON, Esther (2010b): *Negro es su rostro. Simiente*. México: Fondo Cultura Económica.

SELIGSON, Esther (2007): *A los pies de un Buda sonriente*. México: Ediciones Sin Nombre.

SELIGSON, Esther (2006): *Oración del Retorno (Tikun)*. México: Ediciones Sin Nombre.

SELIGSON, Esther (2005a): *A Campo Traviesa*. México: Fondo de Cultura Económica.

SELIGSON, Esther (2005b): *Alba marina*. México: Ediciones Sin Nombre.

SELIGSON, Esther (2004): *Jardín de infancia*. México: Ediciones Sin Nombre.

SELIGSON, Esther (1991): *Isomorfismos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

SELIGSON, Esther (1988): 'Eurídice'. En: *Indicios y Quimeras: relatos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 79-84. SELIGSON, Esther (1973): *Otros son los sueños*. México: Novaro.

SELIGSON, Silvia (1983): *Los judíos en México: un estudio preliminar*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

SENKMAN, Leonardo (2013): 'Otra lectura de "La morada en el tiempo" de Esther Seligson'. En *Chasqui: revista de literatura latinoamericana*, Special Issue 4. Darrell B. Lockart (ed.): *Critical Approaches to Jewish-Mexican Literature / Aproximaciones críticas a la literatura judeomexicana*, 69-86.